

DOLIUM

Singular recipiente cerámico usado en el mundo romano para almacenaje y transporte de sólidos y líquidos, sobre todo vino, *dolium vianarium* y aceite, *dolium olearium*, procedente del conjunto Arqueológico-Natural de Santomé (Ourense).

Los *dolia* son recipientes de barro de cuerpo globular, que en algunos casos llegan a medir dos metros de alzada, usados normalmente en el mundo romano para almacenar productos agrícolas.

Este que nos ocupa, procedente de Santomé, tiene 75 cm de alto, borde de sección triangular con reborde, base plana de reducidas dimensiones y dos asas afrontadas próximas al borde, de sección bilobulada al exterior y plana al interior. Pasta de color rojizo con abundante desgrasante de cuarzo blanco, recubierta al exterior por una fina capa de engobe anaranjado, que se mantiene principalmente en la mitad inferior. A menudo llevan tapadera (*opercula*), que podía ser una placa de losa o *calcaria*, fabricándose también en cerámica.

La fabricación de este tipo de piezas resulta compleja, puesto que dado su tamaño no se podían levantar a torno, por lo que eran construidas en el suelo, en ambientes cálidos, alzándose poco a poco cada día por medio de churros de barro, tal y como pudimos observar en la hechura de algunos fragmentos. Por todo ello estas piezas eran muy apreciadas y costosas, siendo habitual encontrar *dolia* con grapas de hierro y plomo a modo de lañado. Los talleres encargados de su fabricación eran conocidos como *opus dolire*, en los que también se elaboraban materiales de construcción como *tegulas*, imbrices y ladrillos (*lateres*). Los sellos que llevan a menudo bajo el borde, pueden hacer referencia al propietario del taller, *figlinarius*, al obrero que realiza el trabajo, *figuli*, o a ricos propietarios, productores o negociantes, dedicados al negocio de la explotación de productos envasados.

En lo tocante a su capacidad hay una gran variedad de tamaños, desde los *dolia* de 600 o 800 *cullei* (odres o pellejo de vino), los de 200 *congii* (650 litros), o los de 100 o 200 *modii* (900 o 1800 litros). El *modius*, era una medida de capacidad usada sobre todo para el trigo, equivalente a 9 litros.

Este de Santomé es de menor capacidad pues, según cálculos matemáticos puesto que dado su estado de conservación no se pudo demostrar empíricamente, debe de llevar entre 207 y 212 litros, unos 23 *modius*.

Los *dolia* ya eran conocidos en el mundo griego, como pone de manifiesto el hecho que a Diógenes, filósofo griego representante de la escuela cínica, se le represente viviendo en un tonel tipo *dolium*, como si fuera su casa, motivo por lo que estas piezas también se conocen como Barril de Diógenes. Asimismo en las excavaciones de Troya dirigidas por Schileman, se encontraron en una zona nueve *dolia*, calculando que había podido haber más de seiscientos. En el mundo romano, la forma no varía mucho, manteniéndose invariable desde el período republicano al tardorromano, por lo que no es fácil datar estas vasijas en función de sus características morfotipológicas. El ejemplar de Santomé por su situación estratigráfica en el conjunto, es preciso situarlo en una etapa que va desde mediados del siglo III d. C. a comienzos del V d. C.

Estas vasijas estaban incluidas entre el equipamiento, *instrumenta fundi*, necesario para el funcionamiento de una explotación agrícola, formando parte consustancial con la misma en el apartado de *instrumenta conservandi*, junto con los toneles, *cupae*.

Eran destinados a usos variados, tanto para el almacenaje como para el transporte de productos, sobre todo vino, como demuestra su aparición en diferentes pecios. Además del *dolium vianarium*, si se trataba de vino nuevo en la fermentación, o *dolium amphorarium*, para vino ya hecho y envejecido, también se podían guardar trigo, *dolia frumentaria*, aceite, *dolium olearium*, peras y uvas, o alimentos en salmuera. También se utilizaban para la cría y ceba del lirón, pequeño mamífero roedor de la familia de los ratones, con una carne considerada por los romanos como un manjar, por lo que los criaban en cautividad en lugares llamados *Gligaria*. Vitruvio sostiene que ciertos arquitectos en la construcción de los teatros sacaban buen partido de la resonancia de los *dolia*, colocándolos en la sala para mejorar la acústica.

Es habitual encontrarlos formando *ceja vinaria*, para el almacenaje de vino, enterrados para evitar el contacto del aire alrededor de los toneles, al tiempo que contribuye a mantener la estabilidad. Este que nos ocupa, da la impresión de que nunca estuvo enterrado, más bien por la dispersión de los fragmentos parece ser que debía estar situado en la esquina de la estancia,

que le servía de protección. La ubicación de esta estancia en una de las unidades habitacionales con acceso independiente al exterior por una escalera de piedra, silo de mampostería, y piso de tierra aplastada, confirma que esta construcción adjetiva funcionaba como almacén en relación con la producción agrícola-ganadera.

Este tipo de vajilla simboliza y pone de manifiesto una nueva concepción económica, con nuevos métodos de explotación agrícola, que son introducidos en el NW peninsular con la llegada de los romanos, y que llevan pareja una nueva ocupación del territorio, con nuevos tipos de asentamientos que contrastan con los de la población castreña prerromana.

INTERVENCIONES DE RESTAURACIÓN SOBRE EL *DOLIUM* **J. Luis Méndez Fernández, restaurador de material arqueológico**

El *dolium* de Santomé sufrió, en su restauración, diferentes fases de intervención, desde su descubrimiento en la campaña de excavación de 1986 hasta la actualidad. La historia de estas actuaciones ilustra la evolución, en los últimos años, de los conceptos y criterios de los tratamientos de postexcavación y restauración.

Los 199 fragmentos que conforman el gran vaso cerámico mostraban diferentes estados en el momento de llegar al laboratorio de restauración del Museo Arqueológico Provincial de Ourense: la mayor parte sustentaba superficialmente concreciones de tierra de diferente grosor; junto a esto, algunos fragmentos venían lavados con agua corriente y cepillados, proceso en el que pudo desaparecer parte del engobe rojo que cubre la pasta cerámica.

Un intento de restitución formal de diferentes áreas de la vasija llevó a unir los fragmentos con generosas cantidades de adhesivo nitrocelulósico y cianoacrilato (manchando las paredes cerámicas con gotas y restos de pegamento); unas veces mezclados con arena, otras con cola de carpintero y arena, constituyendo una pasta rosa; y en algunas zonas se cubrieron las juntas de fractura o las grietas con yeso. Todo ello con el fin de reforzar las uniones, dado el gran peso de la pasta cerámica.

En los años 1989-1990 se iniciaron las tareas de restauración sobre el *dolium*, con el objeto de eliminar las poco idóneas intervenciones anteriores. En ese momento, se lavó la pieza con agua corriente mezclada con detergente y hexametáfosfato sódico, para ayudar a liberar las concreciones de tierra; se procedió luego a efectuar sucesivos baños en agua desionizada, eliminándose así las sales (cloruros) que contenía la pasta cerámica y que, en algunos puntos, habían llegado a romperla. De este modo se reblandeció también el yeso de refuerzo de las juntas, desapareciendo con repetidos cepillados.

Se despegaron igualmente todos los fragmentos por inmersión en acetona o tolueno: este hinchaba y debilitaba el cianoacrilato y la cola de carpintero, que luego hubo que retirar con cepillos, agujas citológicas y bisturís.

Tras un posterior secado de la cerámica en estufa de aire forzado a 80 y 120 °C., se procedió a consolidar la pasta y el engobe en una disolución de resina acrílica al 8% en acetona; de este modo, se ofrecía una cohesión a la materia y una protección frente a las condiciones ambientales.

La última intervención que se ejecutó en esta fase fue la adhesión de los fragmentos y el intento de reconstrucción formal del vaso: la unión, primero de los fragmentos y posteriormente de los conjuntos grandes, se realizó por aplicación de puntos de un adhesivo epoxídico (Araldit rápido dos componentes) en los bordes de fractura, ayudándose de plastilina para apoyar los trozos durante el secado. Se levantaron así la base y el arranque del galbo, por una parte, y, por otra, la boca y la parte superior del cuerpo.

Una vez unidos todos los fragmentos que se podía, se comprobó que faltaban diversas partes de la pieza necesarias para sostener el conjunto: con cera de dentista se realizaron moldes de los perfiles y se trasladaron luego a los huecos, que se rellenaban con resina epoxídica imitando la superficie original de la cerámica. Una enorme laguna, que arranca de la base y llega hasta la parte superior del galbo, se levantó con una gran lámina delgada de adhesivo epoxídico (que adopta la curvatura del galbo), recubierta en sus paredes exterior e interior con la misma resina. Se adoptó esta solución métrica y formal, seguramente pensando que el enorme peso de los fragmentos originales no resistirían otro tipo de adhesivo o reintegración.

Por diversas circunstancias, la intervención sobre el *dolium* no se retomaría hasta el año 1998: entonces se comprobó que la restitución formal iniciada en 1990 no se podía completar, porque la deformación sufrida por el gran vaso (en el mismo momento de utilización y a lo largo de los cientos de años que permaneció enterrado) y las pequeñas descompensaciones del montaje impedían encajar las dos grandes partes antes reconstruidas. Además, faltaban varios trozos sin unir al conjunto.

Por lo tanto, se optó por realizar, en primer lugar, una necesaria limpieza:

- la gran cantidad de polvo, acumulada a lo largo de los años de abandono de la pieza, se retiró mecánicamente con brochas, aspirador y cepillos;
- se limpiaron los restos de vaselina, plastilina y cera de dentista, dejados por la reconstrucción, con bisturí, eliminando el posterior residuo graso con disolventes;
- a los excesos de adhesivo y resina epoxídicas, usados en la anterior reintegración (incluidos los presentes en fragmentos que se habían despegado por exceso de peso o por fatiga del pegamento), se les aplicó un lápiz de aire, a 40 °C. y baja potencia, hasta reblandecerlos y levantarlos con ayuda de un bisturí.

Uno de los fragmentos mostraba la sigla de excavación y un color distinto al resto: en su observación bajo la lupa binocular, se comprobó que estaba sin tratamiento alguno, por lo que fue necesario retirarle la sigla con disolvente; lavarlo y desalarlo, al mismo tiempo, en baños sucesivos de agua desionizada, hasta retirar los cloruros; secarlo en estufa y consolidarlo, al igual que se había hecho con el resto del vaso en la etapa anterior.

Tras proteger los bordes de fractura de los fragmentos sueltos con una resina acrílica disuelta en acetona al 15%, se fueron adhiriendo con un adhesivo acrílico, hasta conformar grandes conjuntos.

A la hora de encajar estos últimos en la estructura heredada resultó imposible, puesto que (junto a las deformaciones arriba indicadas) la gran laguna reintegrada mostraba una curvatura diferente a la del original. Lo que nos llevó a tener que eliminar parte de la anterior reintegración para adaptar los fragmentos y reconstruir nuevamente la materia que falta: en

esta ocasión, se decidió rodear el vaso con una estructura de madera que adoptaba el perfil conocido del *dolium*, guiaba la adhesión de los trozos y permitía levantar la pared ausente con resina epoxídica.

La zona de la boca, que permanecía con la intervención del año 1990, tampoco pudo adherirse al conjunto por mostrar una curvatura diferente. De acuerdo con el equipo de conservadores, que requerían la reconstrucción de esta área del vaso por su interés histórico y divulgativo, se optó por desmontar la anterior restauración y volver a unir la boca sobre lo reconstruido en esta última fase.

Para eso hubo que despegar, con lápiz de calor, los trozos precisos, y adherirlos de nuevo hasta lograr rematar la estructura en su conjunto, no sin antes rellenar con resina aquellas lagunas que eran necesarias para ayudar a apoyar algunos fragmentos.

Toda la resina de reintegración utilizada (incluida la de las juntas de unión entre fragmentos, decisión respetada de la anterior intervención) fue teñida con tierras naturales y luego lijada, para entonar el material y, al tiempo, diferenciarlo del original.

Por último, indicar la participación, en las diferentes fases de intervención, de los restauradores Sabine Sanders y Carmelo Fernández Ibáñez.